



R E V I S T A D I G I T A L D E L A B A L A C E R A

Número 2

Septiembre 2008

Colaboran en este número: Noemí Pastor, Carlos Salem, Kama Gutier, Mercedes Castro, José Luis Muñoz, Juan Ramón Biedma, Leonardo Oyola, Amir Valle, José Javier Abasolo, Rosa Ribas, Alejandra Zina, Ricardo Bosque, José Ramón Gómez Cabezas, José Andrés Espelt y Jokin Ibáñez.

Edición y dirección: Ricardo Bosque

Coordinación: Paco Camarasa

Diseño y corrección: Sergio Galindo y Ricardo Bosque

Contacto: punto38@gmail.com

Depósito Legal: Z-2498-08

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme a la legislación internacional y no puede reproducirse sin el permiso expreso de los autores

Sumario

Abriendo fuego

<i>Thierry Jonquet: autobiografía y sucesos</i> , por Noemí Pastor	Pág. 3
Relato: <i>De parte del señor Brown</i> , de Carlos Salem	Pág. 7

El interrogatorio de .38

¿Con qué novela negra perdiste la virginidad?	Pág. 15
---	---------

Reseñas

<i>El síndrome de Rasputin</i> , de Ricardo Romero, por Alejandra Zina	Pág. 17
<i>Los hombres que no amaban a las mujeres</i> , de Stieg Larsson, por Ricardo Bosque	Pág. 18
<i>Largas noches con Flavia</i> , de Amir Valle, por José Ramón Gómez Cabezas	Pág. 19

La recámara

Chivatazos	Pág. 22
Novedades editoriales	Pág. 24
Cine en 16:9	Pág. 30
Perlas ensangrentadas	Pág. 31
Matarratos y Matarratas	Pág. 34
La última bala: <i>La prodigiosa adaptabilidad de las cucarachas</i> , por Juan Ramón Biedma	Pág. 36

Vayan primero unos cuantos datos generales. Thierry Jonquet es un escritor nacido en París en 1954. Es considerado como uno de los principales autores del *polar* francés. Lleva publicando desde principios de la década de 1980. Firma con su verdadero nombre y con los de Ramon Mercader y Martin Eden. Además de novelas negras, ha producido cuentos, relatos, novelas juveniles, guiones para televisión y para cómic. La mayoría de sus obras no están traducidas al español.



El propio Jonquet dice de sí mismo en una entrevista en *fluctuat.net*¹ que carece de imaginación, que no se inventa nada, que lo que relata en sus novelas negras lo ha vivido directamente o lo ha sacado de los periódicos. Y si te pones a repasar una a una sus obras², resulta que es verdad, que siempre habla de algo que conoce bien de cerca.

Paradójicamente, dice que empezó a escribir novelas para huir de su biografía; pero, claro, una forma de huir de ella era convertirla en ficción. Su primer empleo lo tuvo en un hospital de ancianos y en ese

ambiente se desarrolló su primera novela, *Le bal des débris*. Otro asilo, durante la terrible ola de calor del verano de 2003, aparece también en una de las últimas: *Mon vieux*. Luego trabajó con niños que tenían problemas de movilidad y de ahí salió *Mémoire en cage*.

Más tarde fue profesor de secundaria en un instituto de las afueras de París, como la protagonista de *Ils sont votre épouvante et vos êtes leur crainte* y el de *La bestia y la bella*. También ha trabajado Jonquet como guionista de televisión y a eso se dedica precisamente el prota de *Mon vieux*.

Si exceptuamos al guionista, vemos que todos los demás personajes trasuntos del autor son trabajadores públicos, funcionarios, una raza humana peculiar a la que Jonquet disecciona con bisturí para mostrarnos su grandeza y su miseria, porque de todo hay en esas oficinas del señor.

Los funcionarios son un universo conocido por Jonquet y por todo el mundo, porque quien más o quien menos, por suerte o por desgracia, se las ha tenido que ver alguna vez con el funcionariado. Lo que Jonquet nos cuenta, pues, nos resulta familiar, creíble, reconocible, cercano y absolutamente real, pero, claro, para que todo esto se convierta en novela, hace falta que estos personajes tan encajados en el sistema salgan de él, violen sus normas, metan las manos en la masa. Así lo hacen y acaban por no diferenciarse mucho de los que están al otro lado: los vigilantes de prisiones se acaban pareciendo a los vigilados; los profesores, a sus alumnos podridos de prejuicios; los jueces, a los delincuentes que juzgan.

Y si hablamos de funcionarios con un pie dentro y otro fuera del sistema, no podemos olvidar a los polis, que nos vienen bien para hablar ya de los sucesos. Dos novelas de Jonquet, de las más

¹ A partir de ahora me referiré a este texto como “la entrevista”, porque es la única que he encontrado en Internet. No se puede decir que se prodigue por la red, no.

² No hablaré aquí de todas las novelas de Jonquet; sólo de las convencionalmente calificadas como negras. Para ver su producción completa, los premios que ha recibido y algunos datos más interesantes, pasaos por su entrada en la Wikipedia en francés: http://fr.wikipedia.org/wiki/Thierry_Jonquet.

policacas, están extraídas de las páginas negras de los periódicos: *Les orpailleurs* y *Moloch*, con las que crea una especie de minisaga, pues los polis protagonistas son los mismos en ambas.

El seguir tan de cerca la realidad de la prensa en *Moloch* le trajo a Jonquet quebraderos de cabeza: lo llevaron a los tribunales por incluir en la novela información sobre un caso real que, cuando el libro apareció, estaba todavía sin sentenciar. Tuvo que demostrar que no había contado con información privilegiada, que nadie le había soplado nada, que todo lo novelado había sido publicado previamente en algún medio. Y ganó el juicio.

Jonquet se declara fascinado por la violencia y la barbarie que describen los noticiarios. Por eso, para liberarse de la angustia que le provocan, incluye las noticias en sus novelas, o las construye a partir de ellas. Así, el lector, al mismo tiempo que lee una novela, repasa la actualidad de la época. De ahí precisamente le han venido algunas críticas: que une demasiado sus escritos a las noticias, que ata demasiado estrechamente sus novelas negras con los acontecimientos que traen los medios. Jonquet se defiende diciendo que la novela negra trata, en el fondo, de la violencia, y que es una especie de noticia de sucesos en el sentido amplio de la palabra.



Pero, además de autobiografía y sucesos, hay otra cosa: contenido político. Si ahora digo que Jonquet tiene un pasado trotskista³, puede que haya quien se eche a temblar. No, tranquilo todo el mundo: Jonquet no escribe panfletos; es más, dice que no le gusta eso de la "literatura comprometida", y abomina de autores como Didier Daenickx, que (según él; yo no estoy de acuerdo con esta afirmación), tratan al lector como si fuera cretino y tuvieran que educarlo.

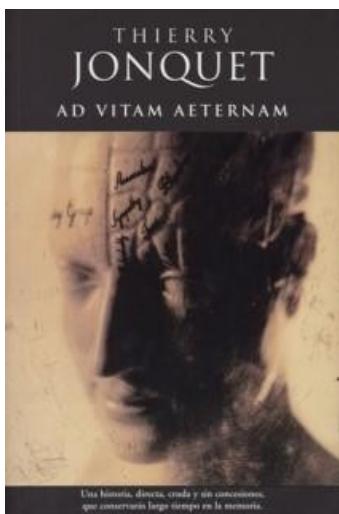
Así que en las novelas de Jonquet no encontrarás patrones malvados ni obreros angelicales. Para nada. Un arrastrado marginal puede ser un cabronazo de tomo y lomo; una prostituta apaleada, una mala pécora; un mendigo anciano, traficante de niños; un líder del partido comunista, un antiguo militante nazi. No se salva nadie, pero siempre hay alguien que sale peor parado y ese alguien suele ser el más hipócrita, quien más luce, quien tiene mejor imagen pública, quien se alimenta de la infamia pero tiene las manos limpias de delito. Por ejemplo, Jonquet mismo cita en la entrevista a ciertos organizadores de viajes a Tailandia. Saben que sus clientes se dedican al turismo sexual, a explotar a niñas y niños del tercer mundo, pero organizar viajes es perfectamente legal.

El contenido político es en Jonquet más bien un ambiente, algo que rodea a la peripécia, sin llegar a ser la peripécia misma. Los relatos fluyen, como digo, pegados y paralelos a la realidad, a crisis políticas y sociales verdaderas, que todos hemos conocido y vivido, aunque sólo sea a través de los medios de comunicación. De tal manera nos cuenta Jonquet de qué pie cojea la Francia actual, hacia dónde se encamina, o se precipita, según se mire.

Y esto es interesante porque Francia es un país al que merece la pena observar; una de las mayores economías mundiales, con un alto nivel de desarrollo; un país gran receptor de

³ Uno de sus seudónimos, Ramon Mercader (él lo escribe así, a la francesa, sin tilde) es el verdadero nombre del asesino de Trotsky.

inmigración y con una producción cultural envidiable. Es un país que, por supuesto, también tiene alcantarillas y puntos negrísimos en su pasado reciente. El potentísimo Estado, la *République* y toda su *grandeur* no llegan a todas partes; sus tuberías tienen agujeritos y por ahí se desangran, inundan y ahogan a los más débiles.



Me falta citar otro ingrediente de las novelas de Jonquet: lo fantástico, que desmiente al propio Jonquet cuando dice que no tiene imaginación, pues dudo mucho de que los argumentos de *Tarántula* y *Ad vitam aeternam* los haya sacado de los periódicos.

Ambas novelas tienen en común que comienzan con los consabidos ambientes marginales, de delincuencia, cárcel o ambas cosas a la vez, con una peripecia negra o policiaca, en la que, poco a poco, va calando un elemento de desconcierto o de misterio, de irreabilidad, que acaba siendo predominante en el relato, el cual, sin embargo, permanece asentado en una desnuda realidad. Sorprendentemente, ambos elementos acaban compenetrándose a la perfección; lo fantástico, lo gótico, lo surreal, acaba encajando en el callejero exactísimo de París⁴ tan bien como lo haría en México o en Colombia.

Si me preguntáis cuál es mi novela favorita de Jonquet, me pondréis en un aprieto, pero, haciendo un sacrificio y aguantándome las ganas de hablar de *Tarántula* y *Mon vieux*, quizás conteste que *Mémoire en cage*⁵. ¿Por qué? Por original, por diferente, por despiadada, por atrevida; por mantener esa construcción tan precisa, tan equilibrada, tan típica jonqueana, que vemos que nos conduce al desastre, nos lleva de cabeza a lo peor que podía pasar; las líneas fluyen hacia el choque de trenes y no podemos hacer nada por evitarlo; sólo dejarnos llevar.

La protagonista de *Mémoire en cage* es Cynthia, una adolescente encerrada en un cuerpo que no anda, no habla, no puede contener la saliva ni cerrar la boca. Vive en un hospital con otras gentes con daños cerebrales y personal de dudosa catadura moral, odia a su médico y a sus padres y maquina poco a poco, sin prisa (el tiempo es largo cuando no se tiene nada que hacer, cuando el cuerpo no te permite hacer otra cosa que pensar), la venganza.

Me gusta porque es una historia sórdida y difícil que no cae en ningún momento en lo compasivo: elegir como protagonista a una disminuida física no es precisamente un punto de partida cómodo; si, además, la presentamos como una criminal y no rehuimos hablar de su vida sexual, nos introducimos en terrenos fangosos de los que rara vez se sale limpio. Pero Jonquet lo soluciona de manera simple: trata a Cynthia no como a "la legumbre" que ven en ella sus cuidadores y compañeros, sino como a un ser humano como otro cualquiera, con sus problemillas de adolescente, sus odios feroces, sus manipulaciones, sus disgustillos, su dolor...

Para acabar, me ha correspondido el honor de ofrecer a las distinguidas lectoras y lectores la



⁴ Recomiendo leer las novelas de Jonquet con un plano de París en la mano. Un escenario recurrente es la zona de Belleville.

⁵ Puede traducirse por *Memoria enjaulada*.

posibilidad de participar en el sorteo de tres ejemplares de *Tarántula*. Sólo hay que acertar con la respuesta de una preguntita muy muy fácil: quiero que me digáis el nombre y el apellido de la protagonista de *Ad vitam aeternam*. Las respuestas, a punto38@gmail.com.

Que haya suerte y que disfrutéis de la lectura.

Noemí Pastor fue profesora de literatura y hoy es traductora y lingüista. Vive en Bilbao. Es aficionada al género negro (cine y novelas) y a las vidas de santos. Ve mucho la tele, cree en el individualismo y en la libertad personal y escribe de sus cosas en boquitaspintadasnp.blogspot.com.

DE PARTE DEL SEÑOR BROWN

—Será un atraco cojonudo —dice Harly. Y bebe su vaso de un trago.

Yo miro alrededor, pero en realidad sólo me importa que lo haya oído Lola. Y no. Está al otro extremo del bar, sirviendo una de las mesas. Hay bastante gente, es miércoles y es temprano. No suelo venir a esta hora, cuando la gente se acerca para tomar una copa al salir del trabajo, antes de volver a casa, a rezarle al dios de la tele.

Tomo a Harly del codo y vamos hasta una mesa alejada.

—¿Quieres ser más discreto, Harly —le digo al oído—, o es que en la cárcel no te enseñaron a tener la boca cerrada?

El Harly sonríe como un niño. Pero es un majara. Y estoy harto de los majaras, de verdad. Es cierto que estuvo en la cárcel un par de veces, y presume de ello. Y me da consejos sin venir a cuento.

—Cuando una tía se pone histérica, durante un atraco, nunca le pegues una bofetada como sale en la pelis —me dijo un día.

—¿Ah, no?

—No. Es peor. Tienes que darle un golpe seco y suave, pero firme, ¿seco, sabes?, en una teta. Y santo remedio.

Siempre está diciendo cosas así, desde que se me adosó una noche, aquí en el bar. Su verdadero nombre no es Harly, pero se apellida Davidson. Y eso lo condicionó para toda la vida. En lugar de ser un buen muchacho judío que trabajaría para heredar la tienda de su padre, Harly hizo honor a su destino. Comprar la primera moto lo llevó al golpe que le valió la primera condena. Pero luego aprendió bastante, según él. Y ahora quiere dar el gran golpe. Esta noche. Y quiere que lo ayude. Dudo. Yo siempre he soñado con atracar un banco. Todo el mundo tiene derecho a un sueño. Pero esto no es un atraco a un banco.

—Poe, Poe, deja de dudar, que será coser y cantar —asegura y se bebe otro trago que toma de una mesa de al lado. Harly es enorme y la gente tiende a ser gentil con él, porque además de su corpulencia, está esa mirada de niño loco que inquieta a la gente. A mí me da igual. Tengo un master en tratar con majaras y todo ese conocimiento se reduce a la certeza de

que nunca se sabe por dónde saldrán. Por eso son majaras.

—Tengo los datos, el soplo, me costó lo mío, no creas, pero no te lo descontaré de tu parte, Poe. Al fin y al cabo, empiezas en el oficio.

Habla del oficio de atracador a mano armada. Pero suena como si me hubiera asociado a un taller de fontanería.

—No sé, Harly, igual te conviene alguien con más experiencia —digo mientras saco un puñado de cerillas del bolsillo.

—No, Poe. Para estas cosas, con que uno sepa lo que se hace, basta. Es temple lo que hace falta. Y cojones. Tú tienes cojones. La otra noche vi cómo ese rubio se te venía encima con su botella de cerveza, lo viste venir y ni siquiera te inmutaste. Sólo sacaste la mano y le diste con el culo de tu botella en la cara, chocó con ella, y cayó. Genial. Nervios de acero. Economía de movimientos. . Eso es lo que hace falta en un socio y tú lo tienes.

Sé que sería inútil argumentar que esa noche que dice yo iba tan borracho que apenas veía, que el rubio se me vino encima por mi puñetera costumbre de meter el cuello de mi botella de Mahou en el culo del tío más grande que tengo cerca cuando me deprimí, y que en realidad sólo levanté la botella para convidarle un trago y él chocó con ella. Además, qué coño, cuando él lo cuenta con tanta admiración, suena muy bien.

—Y está lo del coche —dice—. Mi Harly canta mucho para un golpe así. En cambio tu coche, con todo ese barro y lo mal que lo cuidas, nadie lo mira dos veces. Y tiene un buen motor. Después del golpe lo llevamos a un lavadero y nadie lo reconocerá.

—Ni yo. Llevo años sin lavarlo.

—Por eso. Hoy es la noche.

Se levanta a por un par de cervezas y pienso que tiene razón.

Además, está lo del dinero. Harly dice que ese golpe es de los grandes, lo suficiente como para olvidarme de paquetes por un par de años o más. Y Lola ya me ha ofrecido varias veces que venga a trabajar aquí con ella. Sé lo que quiere decir y lo agradezco. Pero aunque sea una basura y un fracasado, no pienso asociarme con Lola por la vía urinaria. Si tuviera algún dinero sería diferente.

Y está el revólver. Harly me lo mostró en el baño, hace un rato.

—Este será el tuyo —dijo sacando de su mochila algo envuelto en un paño. Era un 38 largo. Oxidado. Pesado. Joder. Cuando yo intentaba escribir algo decente, siempre se acababa colando en el relato un 38 largo oxidado. No lo planeaba. Sólo ocurría. Pero nunca había tenido

un 38 largo oxidado.

—Repasemos el plan —dice Harly al volver—. En media hora salimos y nos vamos a seguir al tío bajito, el correo. Sé el recorrido que suele hacer los miércoles por la noche, que es cuando llena el maletín.

—¿Y cómo sabes que lo lleva ahí?

—Coño, Poe, es mi oficio. Slobotzkovich, el tío bajito, es correo de gente que blanquea dinero, lo sé. Lo huelo. Oficialmente, es contable de varias pequeñas firmas judías, entre ellas la tienda de mi padre. Pero siempre supe que estaba metido en algo gordo. Y lo he seguido varias veces, pero no podía saber cuándo tendría encima la recaudación. Y el lunes lo oí. En la tienda de mi padre.

—Oye, ¿no acabas de decirme que te enteraste por un soplo que te costó tu dinero?

—Eso ahora no importa. El caso es que el lunes, en la oficina de la tienda de mi padre, no me vio. Llevo tiempo rondándolo, esperando el dato definitivo, ¿lo captas? Hablaba por teléfono con alguien y decía que el miércoles por la noche pasaría a recoger al señor Brown, que esperaba que estuviera completo. El señor Brown ¿Lo captas?

—No. ¿Brown es un apellido judío? No parece...

—No me jodas, Poe. El señor Brown es el maletín, la pasta que él recauda y que provendrá del juego ilegal, de negocios poco claros, sobreprecios en la venta de pisos, putas, pornografía, cosas así. Es dinero negro, por eso se llama así, ¿lo captas?

—Vamos a ver, Harly. Si se llamara así por que es dinero negro, sería el Señor Black, preguntaría por el Señor Black...

—¿Para que cualquier chorizo del tres al cuarto lo pillara a la primera? No, Poe: esta gente sabe trabajar, tiene clase. Se merecen el honor de que los despojemos.

No pongo más pegas porque las cerillas han decidido. Además, me gusta la idea de hacerme con una buena cantidad de dinero y ofrecérsela a Lola como aporte para asociarme, en el bar y en lo que sea. Es increíble la facilidad con que un naufrago confunde cualquier astilla con una balsa. Ya estás resignado a hundirte, sólo es cuestión de tiempo, casi lo estás disfrutando, cuando llega flotando una caja de cerillas y piensas que montándote encima llegarás a tierra firme. Y mis cerillas han dicho que sí.

Salimos un rato después. Nos llevamos varias cervezas para el viaje.

Hay que empujar mi coche, pero es cuesta abajo.

—No importa- dice el Harly —Daremos unas vueltas hasta que se cargue la batería.

Además, conozco el recorrido del fulano. Lo he seguido un par de miércoles y siempre hace el mismo trayecto, recogiendo la pasta, ¿lo captas?

Bebemos bastante. Un rato después, detenemos el coche en un lugar oscuro y bebemos. Harly me pasa mi 38 largo oxidado y se mete en los riñones la automática que ha reservado para él.

—¡Coño, casi me olvido!- dice El Harly y saca algo más de la mochila.

Caretas. Me tiende la mía. Me la pongo sin pensar y me miro en el retrovisor.

Oh, no. Es del canario Piolín.

—¿Piolín? -grito- ¡No pienso ponerme una careta del maldito pollo Piolín! ¡Lo captas, Harly? ¡Ni lo sueñes, odio a ese puto pollo chivato de Piolín, es peor aún que el Correcaminos, me he pasado la vida esperando que el gato Silvestre lo atrape un día y le de por el culo!

Él levanta la cara, y mira a los lados, alarmado. La gente, poca, que pasa por la acera, mira hacia el coche. Veo su careta y exploto otra vez:

—¡Bugs Bunny!, ¡Tú eres Bugs, el conejo de la suerte, el cachondo orejudo que se folla a la conejitas más guerras, y yo tengo que ser el marica del pollo Piolín! ¡De eso nada!

Es que estoy harto de majaras. De verdad. Y bastante borracho.

Levanto el 38 oxidado y apunto a su cara.

Él hace lo mismo con su automática, que ha sacado sin que lo viera. Es rápido, Harly. Nos quedamos así unos minutos, con las caretas puestas y las armas apuntado a los personajes de la Warner.

Quiero disparar. Quiero que diga algo incorrecto.

Quiero otra cerveza.

—De acuerdo —dice lentamente Harly—: Yo seré Piolín.

—¿Ves cómo hablando se entiende la gente? —le digo mientras nos cambiamos las caretas. Las dejamos sobre la frente, como viseras. Abro dos cervezas. Harly propone brindar por la amistad pero yo objeto que el pillo de Bugs no puede ser amigo de Piolín.

—¿Quieres dejarlo ya? —grita Harly quitándose la careta con rabia.

En eso veo pasar al tío bajito. Viste pantalón gris y chaqueta negra anticuada. Y tiene cara de contable. Lleva un grueso maletín en la mano. Harly también lo ha visto. Es Slobotzkovich. Nos ponemos las caretas y bajamos.

El tío bajito entra en un portal. Llama y le abren. Entra.

—¿Ves? Es una clave, Poe. El miércoles hizo lo mismo: Primero pasó por una tienda de

licores, luego por el sex shop de la avenida. Entró y salió por la puerta trasera, la que da al callejón. Pero ahí no convenía atracarlo, porque acababa de empezar el recorrido. Luego...— consulta una libreta pero no alcanza a ver bien. Harly es miope. Busca las gafas en su cazadora y se las pone sobre la careta de Piolín— luego pasa por el garito ése, Café Premier, cerca del río, todos saben que ahí se juega por dinero y fuerte. Y termina el recorrido aquí. Aquí se queda un buen rato. Seguro que tiene mucho dinero que contar. Ahora hay que esperar.

Nos ocultamos entre las sombras del portal de al lado, que pertenece a una tienda vacía. Aunque yo preferiría ir a beber algo a un bar cercano. Pero Harly es inflexible:

—Coño, el trabajo es el trabajo —dice.

Un niño de unos siete u ocho años se planta frente al portal y nos mira.

—Vete, niño —dice Harly.

—Vete tú a tomar por culo —contesta el niño—. A mí no me da órdenes el mierda de Piolín.

—¿Ves? —le digo a Harly— Te dije que Piolín era un mierda. No es adecuado.

—Vale, Piolín es un mierda, pero tienes que marcharte, niño.

—Ya —dice el crío. Y se sienta en el portal, con los pies sobre la acera.

—¿No es hora de que estés en tu casa? —pregunto.

Como soy Bugs, el niño me hace algo de caso. Señala con la barbilla una ventana al otro lado de la calle:

—Dentro de un rato —dice—, cuando mamá acabe con su cliente. Ahora no puedo estar ahí porque no los dejo concentrarse para follar y ella teme que alguno me lo quiera hacer a mí.

—Hace bien —digo para ganarme su confianza—. Hay mucho tío raro por ahí...

—¿Y lo dices tú, que llevas puesta una careta de conejo?

El crío es duro. Le susurro a Harly que habrá que tomar medidas drásticas y se preocupa, pero asiente.

—Dale dinero al chico —le digo—. Que traiga unas cervezas.

Le damos unos billetes y se marcha.

—Ese no vuelve —dice Harly—. Es un hijo de puta.

—Eso es cierto. Pero si no vuelve, mejor. Es lo que queríamos.

—Es que ahora me ha dado sed. Y el jodido Slobotzkovich que no baja...

Se oye el ruido del portal al abrirse y cuando pasa Slobotzkovich tiramos de él hacia dentro. Está aterrado.

—Venimos de parte del señor Brown —dice teatral el Harly.

Slobotzkovich se hace el que no entiende, pero es obvio que el nombre le suena de algo, sabe de lo que hablamos. Harly, después de todo, tenía razón. Es que no hay como ir a la cárcel para aprender.

—No te duermas. Cachéalo —ordena Harly. Slobotzkovich tiene un brazo en alto y con el otro sostiene el maletín. No tengo idea de cómo se cachea a alguien, pero cuando rebusco es sus bolsillos, me quedo con la cartera.

—No están muy frías. Y no había Mahou —dice el niño, que ha vuelto con cuatro cervezas y la vuelta. No hay nadie más honesto que un hijo de puta, pienso. Estiro la mano y cojo una, mientras sigo revisando a Slobotzkovich. Parece limpio.

—Pero... el señor Brown... ustedes no pueden...no entiendo —dice él.

—Ni falta que hace. ¿Te han dado lo tuyo, allí arriba, está todo?

—¿Se refiere a la cena de mi madre? —pregunta Slobotzkovich.

El tío es bajito pero tiene huevos. Hay que reconocerlo.

—Me refiero al Señor Brown. ¿Qué coño haces, Poe?

—Trato de abrir la cerveza, ¿no lo ves?

—¿Con el 38? No seas burro.

—Claro —dice el niño—. Con una 45 es más fácil. Así abre las cervezas el cliente que está ahora con mamá. Debe estar por bajar. Espera y se la pides. Es policía.

Reacciono primero, porque Harly lleva la careta de Piolín con las gafas por encima y no puede hacerlo. Le pego un rodillazo en los huevos a Slobotzkovich, no muy fuerte, y le arranco el maletín. Se lo alcanzo a Harly

—Ustedes no entienden, el señor Brown...

—Ya, ya —dice Harly y sale corriendo hacia el descampado donde dejamos el coche. Le doy al niño tres de los billetes grandes que hay en la cartera de Slobotzkovich. Hay bastantes billetes grandes. No son millones, pero hay bastantes billetes. El niño me mira. Alcanza para pagar una noche con una puta de las buenas.

—Dile a tu madre que te dedique todo el día, mañana, que se lo compras.

Le regalo la careta de Bugs. Y salgo corriendo detrás de Harly.

Slobotzkovich llora por perder al señor Brown.

El jodido coche no arranca y tenemos que empujar calle abajo.

Cuando el escape estalla con su petardeo, creo que son disparos. Subimos y nos alejamos.

Cerca del bar, donde está la casa abandonada y ronda el Loco, nos detenemos a contar el botín. Nos internamos en esa selva de matorrales. Cuesta abrir el maletín y me niego a que Harly se ponga a disparar tan cerca del bar de Lola. Rompemos los cerrojos a pedradas y con la barra de metal que uso para fijar el volante de mi coche. Al fin se abre. Y en eso llega el coche de policía.

Se detiene junto al coche y bajan dos agentes. Harly y yo nos zambullimos en las malezas altas y arrastramos el maletín hasta la casa abandonada. Los policías parecen esperar algo.

—Mete la mano en la maleta, Poe —susurra Harly—. Calcula cuanto hay.

Sin dejar de mirar hacia los policías, meto la mano y toco.

—No son billetes. Es algo sólido, como una pasta o así. Paquetes.

—Igual son drogas —dice Harly—. Yo las pasará.

—Y yo pasará —digo—. Una cosa es un golpe y otra meterse en esa mierda. Paso.

—Mira a ver que es, Poe, que en la carrera perdí las gafas.

Tanteo en la oscuridad, palpo y no reconozco la mercancía. Hay una etiqueta o lo que sea. Un cartón. Tiro de él y lo arranco. Trato de leer a la luz de la luna. Mientras tanto, los policías han hallado lo que buscaban: El Loco. Lo habrá denunciado algún vecino cabrón por su costumbre de tenderse en el centro de la carretera con los brazos en cruz. Se lo llevan en el coche. Dentro de unas horas estará de regreso.

—¿Sabes lo que te digo, Harly? Que todo el botín es para ti. No valgo para esto, tío. Y si no es efectivo, no lo quiero. Prefiero que te lo quedes tú, que al fin y al cabo has planeado el golpe, conseguiste la información, todo eso.

—Joder, Poe, no sé.

—Que sí, tío, que sí. No se hable más. Yo soy sólo un aficionado y casi lo jodo todo con lo de las caretas.

Recuerda que lleva puesta la suya y la guarda en la mochila. Decide regalarme el 38 oxidado y acepto. Lo acompañó hasta donde tiene la moto y se marcha impaciente, a su casa, a calcular el botín.

No le digo nada de la cartera de Slobotzkovich, porque eso son minucias. Hay una buena cantidad, sí. Suficiente para saldar mi cuenta con Lola, comprarme algo de ropa y muchas, muchas cervezas. Y para invitar a Lola a cenar a un sitio elegante, si me decido, un lunes que libre.

Entro al bar y todavía hay gente. Lola se alegra de verme de regreso y el pelma que ya

daba por hecho que se iría con ella esta noche me maldice en silencio.

Tampoco me iré yo con ella, creo que no. No todavía.

Un rato después suena el teléfono y es para mí. Es Harly:

—Poe, ¿Sabes lo que había en el maletín?

—No —miento—. Yo no entiendo de esas cosas, Harly.

—¡Una colección completa de consoladores! ¡Una docena de pollas de negro, con vibrador y de diferentes tamaños y grosores! ¡Eso es el Señor Brown! ¡Maldito Slobotzkovich, pedazo de maricón! Los habrá recogido en el sex-shop y la semana pasada, cuando lo seguí, habrá ido a encargarlos.

—Joder.

—¿Me quieres decir que hago yo con esa colección de gigantescas pollas de negro?

—Harly, tú mismo —digo sin reírme—. Si te da reparos, siempre puedes ponerte la careta de Piolín.

Y cuelgo.

Estoy harto de majaras. De verdad.

Carlos Salem (Buenos Aires, 1959), ha publicado los poemarios Te he pedido amablemente que te mueras (1986), Foto borrosa con mochila (2005) y Poemas al otro lado de la barra (2007). Es autor de las novelas Camino de ida (Premio Silverio Cañada 2008) y Matar y guardar la ropa, ambas publicadas por Salto de Página. El relato De parte del señor Brown corresponde al libro, todavía inédito, El huevo izquierdo del talento.

Los programas de corazón mandan en todas las cadenas televisivas y .38 no puede abstraerse de esta, esperemos, moda pasajera. Así que no nos cortamos un pelo y preguntamos a varios de nuestros autores preferidos por un aspecto de su vida íntima.

¿Con qué novela negra perdiste la virginidad?



Carlos Salem. Fueron dos. Había leído muchas y mucho, pero a los 13 años llegó a mis manos la mejor novela de un señor que había muerto el año en que yo nací, y que cambió la vida. El señor era oriundo de Chicago aunque criado en Londres y se llamaba Raymond Chandler. La novela era y es -la releo como mínimo cada tres años- *El largo adiós*, el cruce de caminos de ida en el que la Literatura (así, con L), se encontró con la narrativa policial, y para siempre. El otro libro, leído el mismo año, no recuerdo si antes o después, fue *Triste, Solitario y final*, del maestro Osvaldo Soriano. Ahí, cuando terminé, respiré hondo y me dije: "esto es lo que quiero hacer en toda mi vida". Y en eso estoy...

Kama Gutier. Yo soy la mismísima virgen: Santa Kama logró perderse y trascender en *Pico Boulevard*. Quien quiera transustancializarse que me lea.

Mercedes Castro. ¿Cuentan Agatha Christie y Sir Arthur Conan Doyle? ¿Cuentan *Los siete secretos* o *Los Hollister*? Porque, no lo olvidemos, se dedicaban a resolver misterios. En fin, si éstos no contaran, creo que *El sueño eterno* y *La dama del lago*, de Raymond Chandler, y *Los mares del sur*, de Vázquez Montalbán, fueron las novelas que me abrieron los ojos a la negritud.

José Luis Muñoz. Hay unas cuantas novelas de género negro que me han impactado y es muy difícil saber cuál de ellas ha ejercido una influencia mayor, pero te citaré dos que, en mi opinión, son obras maestras del género: una es *Tarántula*, de Thierry Jonquet, a quién precisamente rindo un pequeño homenaje en *La caraquena del maní* - la editorial venezolana en donde trabaja el etarra camuflado va a editar esa novela precisamente; la otra novela sería, sin duda, *La mirada del observador*, del recientemente desaparecido Mac Bhem, lo mejor que he leído. Y las primeras novelas de James Ellroy.



Juan Ramón Biedma. Probablemente, la primera novela negra negra que cayó en mis manos fue *El caso Galton* de Ross Macdonald, sin buscar una novela de género, dándole puntos cardinales al género más bien. Y demostrándome al mismo tiempo que un detective podía actuar como un psicoanalista y que la novela policíaca también servía para adentrarse en historias donde el bien y el mal, como en la vida, se funden hasta convertirse en una misma cosa.

Leonardo Oyola. No recuerdo bien cuál habrá sido. Sí, sé muy bien que con 16 años, cuando leí *La Naranja Mecánica* - muchos pero muchos años antes de ver la peli de Kubrick- flashé mal. Y que hoy, de manera inconsciente, mi propuesta intenta -aunque sea levemente- asimilarse al *nadsat* que Anthony Burgess craneará para Alex y sus drugos más bolches: el argot carcelario, la forma en la que hablan mis pibes chorros... qué sé yo, poder crear y recrear una jerga y que se entienda en cualquier lado. En una entrevista a James Ellroy leí que él decía que los personajes fuertes en el ambiente delictivo imponen vocablos y formas de andar. Bueno, yo abandero eso para mis narradores. Por lo menos lo busco.



Amir Valle. Como todavía hoy sucede en Cuba, creía que la novela negra era un género menor hasta que el escritor José Soler Puig me dijo que leyera *La Llave de cristal*. Fue alucinante. Como un puñetazo en plena cara. Como esos golpes que la vida te da y ya no eres el mismo. Y recuerdo que a partir de ese momento me hundí en una búsqueda desesperada de casi todo Chandler, de casi todo Hammett, y muchos otros autores clásicos de la novela negra norteamericana que estaban siendo publicadas en ediciones masivas y a muy bajos precios por las colecciones Huracán y Dragón. Pero no fue hasta que escribí la primera novela: *Las puertas de la noche*, por lo difícil y divertido, que me resultó cuando entendí lo grande que es el género.

José Javier Abasolo. Con *Tatuaje*, de Manuel Vázquez Montalbán. Hasta entonces yo había leído a Conan Doyle y Agatha Christie, también las historias policíacas del padre Brown de Chesterton (uno de mis escritores favoritos al margen del género negro, *El hombre que fue Jueves* o *El hombre que sabía demasiado* son dos libros de lectura obligatoria), pero curiosamente fue Vázquez Montalbán mi primer escritor "negro". De ahí pasé a los clásicos norteamericanos (Chandler, Hammett, Thompson, MacDonald) espoleado, precisamente, por los comentarios de algunos críticos que decían que Vázquez Montalbán había trasladado a España el universo de esos clásicos.

Rosa Ribas. Lo mío es poco original. Después de leer policiales clásicas, como las de Agatha Christie o Dorothy Sayers, cayó en mis manos *El halcón maltés*. Lo que sigue es la historia de una adicción.

Participa en los interrogatorios de .38 enviando tu pregunta a punto38@gmail.com y trataremos de satisfacer tu curiosidad



El síndrome de Rasputín

Ricardo Romero
Negro Absoluto

Buenos Aires se viste de *freak* (por Alejandra Zina)

La narrativa argentina está dando un vuelco feliz. Y algo de culpa tienen el policial y sus hermanos de sangre: el terror, el *suspense*, las aventuras, el *western*, el *fantasy*, etc., etc.

Después de muchos años, la narrativa local vuelve a ocuparse de contar una historia. Y de contarla bien. Tras haber consumido toneladas de posmodernismo chatarra, ficciones escuálidas y altas dosis de solemnidad, muchos lectores recibimos con frescura el regreso de estas narraciones que, trajeadas con géneros populares, nos

cuentan algo. Así de simple y así de difícil. Historias con personajes vivos que tienen pensamientos, creencias y emociones autónomas. Y no los títeres de un escritor fanfarrón que usa a sus personajes para mostrar lo inteligente que es y decir lo que piensa del mundo y sus alrededores.

Bien. En esta ola que surge y que no sabemos qué altura va a alcanzar, se destaca *El síndrome de Rasputín* del escritor entrerriano Ricardo Romero (1976). La suya es una de las cuatro novelas que dio el puntapié inicial al sello Negro Absoluto, dirigido por Juan Sasturain, creador del legendario inspector Etchenike.

Corre el año 2010, vísperas del Bicentenario de la Independencia, y Buenos Aires es un paisaje que recuerda la devastación de *12 Monos*. Entre incendios, bombas ocultas y lluvia incesante, tres amigos que padecen un extraño síndrome se ven involucrados en una seguidilla de crímenes y conspiraciones. Los personajes de *El síndrome de Rasputín* parecen haberse fugado también del *Brazil* de Terry Gillian: estafadores, artistas de variedades, judíos expulsados de la colectividad por hacer el saludo nazi, villeros y okupas que habitan túneles subterráneos, enfermeras románticas, pornógrafos, un gigante ruso, varios pares de gemelos, fantasmas y extras andan por la ciudad actuando su papel.

Así, *Los 7 locos* que Roberto Arlt imaginó en la Buenos Aires de 1930 se multiplican por mil en la Buenos Aires que fabula Romero. Pero el néctar de su novela no es la extravagancia, sino el afecto y la amistad. Frente a hermanos que se odian, tenemos amigos que se eligen hermanos. Lazos adoptivos, entrañables e intensos se reproducen como un juego de cajas chinas.

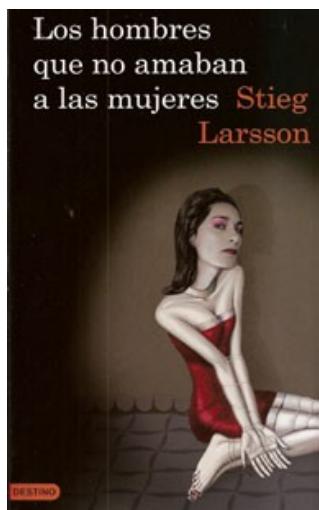
Como cuando éramos chicos, seguimos el pedaleo de las bicicletas de Maglier y Muishkin por las calles resbaladizas de la ciudad. Como cuando éramos chicos, deseamos que nuestros héroes se salven cuando se meten en problemas y desenmascaren a los villanos que les tienden las trampas.

Consciente de la fascinación por el folletín, la novela de Romero se desgrana en capítulos breves, con títulos tan deliciosos como *Viaje al principio del día* o *Las cosas que la luna ve* y remates que nos dejan picados de intriga. Todo lo que saboreamos de una excelente película de

aventuras, lo encontrarán en esta historia de un futuro terceromundista, donde tres amigos se convertirán en detectives a su pesar.

Veremos qué nos deparan los siguientes libros de la saga. Porque esto, señoras y señores, recién empieza.

Alejandra Zina nació en Buenos Aires en 1973. Publicó la antología Erótica argentina y, en co-autoría, la compilación En primera persona. Correspondencia argentina en dos siglos. Tiene editado el libro de cuentos Lo que se pierde. Coordinó talleres y clubes de lectura en Bibliotecas públicas. Dicta clases de narrativa en la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica. Cuentos suyos han sido publicados en diarios, revistas literarias y antologías.



Los hombres que no amaban a las mujeres

Stieg Larsson

Destino

Por Ricardo Bosque

Como cada primer día de noviembre, un anciano recibe en su domicilio una flor enmarcada. Sucede así desde hace treinta y seis años, los mismos que han transcurrido desde la desaparición de su sobrina Harriet.

No muy lejos del lugar de residencia del anciano, Mikael Blomkvist, periodista especializado en información económica, acaba de perder el juicio. En concreto, el que le ha supuesto la publicación de un reportaje en el que denunciaba numerosas irregularidades cometidas durante los últimos años por el conocido financiero sueco Wennerström. La condena, 150.000 coronas de multa y tres meses de prisión.

Así comienza una de las novelas más adictivas que he tenido ocasión de leer en los últimos años. Y todavía sigo preguntándome cómo es posible devorar casi setecientas páginas en tan poco tiempo, máxime cuando en las cuatrocientas primeras apenas sucede nada. Bueno, esto no es exacto, en realidad todo ha sucedido casi cuarenta años antes y es ahora cuando empieza a salir a la luz, en el momento en que Henrik Vanger, el anciano destinatario de las flores enmarcadas, decide contratar al periodista para que escriba la crónica de su familia, una de las más acaudaladas del país y, de paso, averiguar qué pudo suceder con esa sobrina desaparecida en lo que parece una revisión del clásico misterio de la habitación cerrada, sustituida aquí por una isla aislada (valga la redundancia). Y por si los emolumentos acordados no son suficiente aliciente para el periodista, Henrik Vanger dispone de otro cebo todavía más poderoso: la cabeza de Wennerström servida en bandeja de plata.

Stieg Larsson, autor de esta primera parte de la trilogía titulada *Millennium*, se sirve de una debilidad humana y universal, el gusto por el cotilleo, para embarcarnos en una aventura que nos permitirá ir averiguando lo que oculta una de las más importantes familias suecas como proceso necesario para poder resolver el misterio principal, la desaparición de Harriet.

Y para destapar todas las miserias que intuimos esconde el apellido Vanger, Larsson recurre a dos personajes inolvidables y perfectamente complementarios: el periodista, metido de lleno en su papel de investigador incansable, de perro de presa que sabe cómo hacer su trabajo, y Lisbeth Salander, el gran hallazgo de la novela, un personaje que aparece sin hacer apenas ruido para, recurriendo a los necesarios codazos en una sociedad tan competitiva, situarse al frente de la trama y, de paso, hacerse un hueco en el corazón del lector.

Porque si Blomkvist desempeña a la perfección su rol de narrador de lo que va averiguando acerca de la adinerada familia Vanger, la joven Salander -inadaptada, vengativa, incapaz de sentir lástima por nadie (lógico si nadie se ha preocupado jamás por ella) y dotada de una memoria prodigiosa entre otras facultades- se encargará de llevar a cabo el trabajo sucio necesario en toda investigación. Una investigación que, desde luego, arrojará un resultado muy diferente del esperado por el anciano cuando decidió contratar al periodista.

¿Ingredientes que hacen de *Los hombres que no amaban a las mujeres* una novela imprescindible, el regalo perfecto con el que difícilmente nadie se puede equivocar? Ahí van unos cuantos: una redacción limpia, sólida, eficaz; una maquinaria perfectamente engrasada para que todo funcione sin fallos de principio a fin; unos personajes creíbles y bien caracterizados, no sólo la pareja protagonista sino también todos aquellos que aportan consistencia a la historia desde un reparto amplio y variado; una trama exquisitamente diseñada que obliga a devorar páginas deseando que la novela no acabe demasiado pronto; una dosificación medida de los datos facilitados al lector, la justa para que vaya apareciendo la necesaria adicción; y el toque de gracia final aportado por la insociable Salander y que hace que, contra todo pronóstico, te enamores irremediablemente de ella y deseas volver a verla muy pronto.

Pero eso será en las siguientes entregas de la trilogía, *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* y *La reina en el palacio de las corrientes de aire*, dos novelas de largos y enigmáticos títulos que esperamos tener pronto entre las manos: es lo malo que tienen las drogas, que siempre quieres más.

Ricardo Bosque (Zaragoza, 1964) es autor de dos novelas (El último avión a Lisboa y Manda flores a mi entierro). Crítico especializado en género negro y editor del blog temático La Balacera, cultiva todo tipo de disciplinas literarias siempre y cuando estas no procuren alimento alguno.

Largas noches con Flavia

**Amir Valle
Almuzara**

Por José Ramón Gómez Cabezas

Leer un libro de Amir Valle es jugar a la ruleta rusa emocional, sabiendo que, hagas lo que hagas, perderás.

Ninguna novela de este autor cubano ha dejado indiferente a nadie, desde la sobrecogedora *Las puertas de la noche* al penúltimo premio Novelpol, *Santuario de sombras*. El interés, tanto por

lo que se ve como por lo que se intuye, y la emotividad se convierten en temas transversales de sus escritos que a lo largo de las páginas conforman una carga de profundidad ante la cual hay que ser muy imbécil para mantenerse al margen.

Este último año ha sido prolífico para él; al menos a nuestras manos han llegado tres títulos, *Las palabras y los muertos*, *Tatuajes* y *Largas noches con Flavia*, de variada trama, pero con un denominador común, el trasfondo denigrado de una de las islas más bellas del mundo, a la que Amir, como en una relación amorosa inacabada, recurre una y otra vez para vomitarnos magistralmente su dolor con una de las narrativas más impecables y maduras que podamos encontrar en la actualidad.

En esta ocasión volvemos a encontrarnos con esos dos personajes tan pulidos que su cercanía nos abruma y sentimos sus dolorosas decisiones como nuestras, el detective Alain Bec y el viejo Alex Varga.

En esta quinta entrega de la serie, el alcalde de la marginalidad no necesita al joven teniente de policía para aclarar ningún tema personal como el que les llevó a los dos a afianzar su inquebrantable amistad a consta de descubrir dolorosamente quién estaba detrás del asesinato de Patty, la hija del negro Varga y amante ocasional de Alain, en *Si Cristo te desnuda*. Esta vez estos dos polos, en teoría, antagónicamente opuestos, se necesitan para descubrir quién está detrás del degollamiento de tres jóvenes españoles que actuaron como *mulas*, es decir, que alquilaron sus estómagos para introducir droga en la isla. Algún error debieron cometer y por eso de los cuatro españolitos que iniciaron la aventura la única superviviente es Flavia, una rubia madrileña a la que tanto Alain como Alex se ven obligados a proteger hasta su vuelta a España.

Evidentemente para proteger a la muchacha y de paso su ética, no desarrollarán una labor pasiva, más bien al contrario, como dos perros cazadores ávidos de presa, cada uno en su área de alcance, cruzarán de puntillas por el horror de un mundo donde el narcotráfico, la prostitución y la corrupción vuelven a devolvernos un oscuro y repugnante espejo en el que si no es por escritores como Amir no veríamos reflejados los males más enfermizos de nuestra maravillosa sociedad del bienestar.

Al final llegarán al quid de la cuestión, cómo no, y todo se resolverá con ese estilo que sólo Amir sabe poner en juego para instruirnos moralmente y dejarnos tocados deseando que en la siguiente entrega de la serie el mundo que pueblan todos sus personajes sea más esperanzador y menos amargo.

Puede que en esa nueva entrega de las dos que quedan de esta serie, Camila no vuelva y se quede en la Yuma, que Alain deje la policía por alguna mala jugada o que quizás el viejo Alex muera o pierda su cuota de poder, que vendría a ser lo mismo; yo no lo sé y me gusta no saberlo porque así podremos disfrutar nuevamente de la exquisita narrativa de un autor tan revelador como necesario. Tradicionalmente cuando nace un bebe algunos osados se atreven a interrumpir

APA NEGRA

LARGAS NOCHES CON FLAVIA
Amir Valle



el descanso merecido de la parturienta y acompañante visitándoles en el hospital, al ver al pequeño por primera vez es probable que su mirada embobada venga acompañada de comentarios tipo: “Tiene los mismos ojos que su padre” “Es igualita que su madre” “La boca es de la abuela”... y comprobamos una vez mas que las comparaciones además de odiosas son inevitables.

José Ramón Gómez Cabezas, psicólogo y autor inédito hasta la fecha, miembro de Novelpol y colaborador de distintos blogs.

Como es lógico, una revista como *.38* debe contar con una buena red de informantes, esos necesarios confites que acodados discretamente en la barra de un bar, fingiendo corregir un texto en la mesa de su editorial o agazapados entre las estanterías de su librería de referencia, nos harán llegar algunos soplos que compartiremos con los lectores. A cambio sólo piden cierta inmunidad y copas gratis en su puticlub de confianza. Aquí va una nueva serie de rumores con fundamento que hemos recibido en esta redacción.

Los seguidores de Harry Bosch están de enhorabuena: sólo tienen que esperar a noviembre para poder disfrutar con la última de Connelly (no confundir con Connolly), *El observatorio*. En Roca Editorial, claro.

Camino de ida será traducida al francés y editada en marzo por Moisson Rouge, que publica, entre otros, a Ovejero y la obra de Robert Bloch en franchute. Formará parte de la colección Semana Negra que presentará Taibo en la Feria del Libro de París y la edición inicial será de 3.000 ejemplares, distribuidos por Gallimard.

T de trampa será el título de la próxima novela de Sue Grafton, que Tusquets editará en enero del año que viene.

Debate editó las obras completas de Chandler y Hammett. En la actualidad sus Tomos son imposibles de encontrar, incluso en el mercado de segunda mano. El año que viene RBA Serie Negra

vendrá a rescatarlos del “infierno” de los descatalogados.

La chica que soñaba con un bidón de gasolina y una cerilla, el segundo volumen de la trilogía Millennium, de Stieg Larsson, estará en las librerías la última semana de Noviembre.

Hasta ahora, *The last good kiss*, la mejor novela del recientemente fallecido James Crumley, sólo estaba editada en catalán (quizá José Mari, *bigotito de las Azores*, la pudo leer en la intimidad). El año que viene, en castellano, en RBA Serie Negra.

Los muchos adictos que ha dejado *Una novela criminal*, de Giancarlo de Cataldo, podrán calmar el “mono” el año que viene. Roca editará su segunda novela.



La mujer del vestido duro

Friedrich Ani

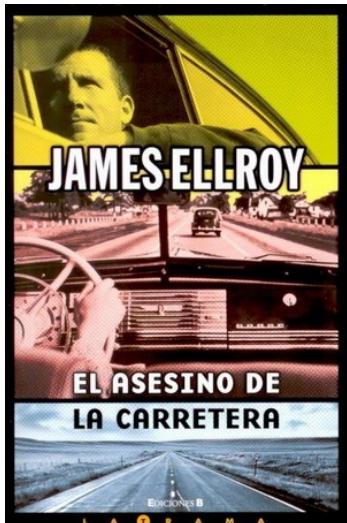
Plataforma Editorial

Johann Farak, cuarenta y un años, hijo de un egipcio, ha desaparecido, pero a excepción de su hermana, nadie parece echarle de menos.

Se dice que era un borracho, que pintaba cuadros sobre madera que no tenían ningún valor. Con la repentina aparición de una joven, Tabor Süden se da cuenta de la vida tan triste que hasta entonces había llevado Johann Farak, y que quizás no le había quedado otra opción que dejar atrás esa vida...

Se han estrenado en Alemania dos películas basadas en este inspector.

Traducido a 6 idiomas, Ani ha ganado el premio al mejor autor policiaco de habla alemana los años 2002 y 2003. Ani estará en España en octubre de 2008.



El Asesino de la Carretera

James Ellroy

Ediciones B

Martin Plunkett ha sembrado Estados Unidos con un rastro de muertes. Cuando el FBI consigue darle caza, decide confesar sus crímenes a cambio de que su autobiografía vea la luz. Así, escribe sus memorias mientras cumple las cuatro cadenas perpetuas a que ha sido condenado.

Nacido en Los Ángeles en los años cincuenta, su adolescencia es extraña y compleja, hasta el punto de que, en cierto modo, acaba provocando el suicidio de su madre. A raíz de este suceso, queda bajo la tutela de un oficial de policía, de quien aprende justo lo que no debía: el oficio de ladrón. Martin tiene una inteligencia extraordinaria y cierta tendencia al aislamiento, por lo que va construyendo sus obsesiones mientras continúa con los atracos. Tras pasar un año en la cárcel, comete su primer asesinato.

La Encerrona

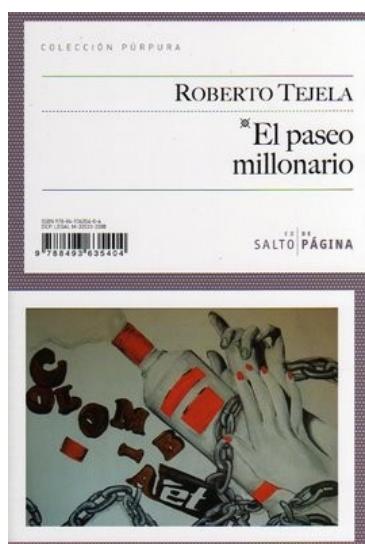
Eugene Izzi

Ediciones Barataria, Mar Negro

Fabrizio Falletti, Fabe, el mejor experto en cajas fuertes de Chicago está a punto de dar su último golpe y pasar a la reserva. Falletti, expulsado del cuerpo de policía, sólo tiene dos amigos: Doral Washington, un delincuente negro que es también colega y socio, y su ex compañero, el inspector de policía Jimmy Capone, quizás el único policía honrado de Chicago, jefe de la sección de Estupefacientes y con el que va a desayunar esa mañana. Un millón de dólares es su sueño, en efectivo, para comenzar su nueva vida. Un golpe limpio, una caja fuerte llena de dinero; como siempre, sólo cajas fuertes nunca droga, Fabe no toca la droga y su amigo Jimmy lo sabe, como sabe que la farlopa en Chicago no la mueve la mafia, oficialmente. Pero el golpe limpio se ensucia, la muerte de la hermana del mayor traficante de droga de toda la zona complica el negocio, la caja fuerte del intermediario tiene dinero, sí, pero también una gran cantidad de droga que Doral se niega a abandonar. Uno se queda con la pasta, el otro con la merca...



Izzi diseña en *La encerrona* un planteamiento clásico de novela negra. Todos los elementos que la componen están en ella pero les da una vuelta de tuerca más a los personajes, un ex policía blanco asociado, en lo delictivo y en lo personal a un delincuente negro conforman una de las más extrañas parejas de toda la literatura policiaca.



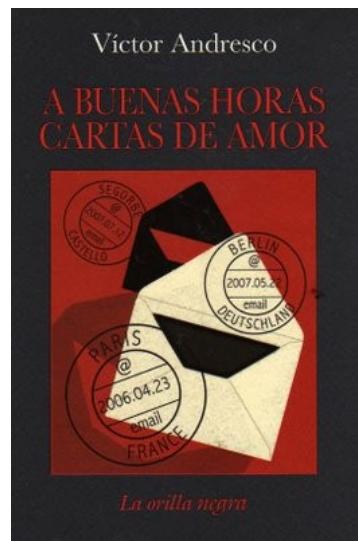
El Paseo Millonario

Roberto Tejela

Salto de Página

Colombia, 2007. Un paseo millonario, nombre coloquial colombiano del secuestro exprés, se convertirá en un inusual secuestro de larga duración cuando Jaime Ariza, un empresario español, se vea encadenado a la pata de una cama y recluido en una habitación de ventanas tapiadas en un barrio de Bogotá. Yerma, su principal secuestradora, tiene un proyecto más ambicioso: cobrar el rescate y, al tiempo, quedarse embarazada de su víctima. Para lograrlo, esta seductora mujer de excepcional inteligencia y sangre fría intentará manipular y seducir no sólo a Jaime, sino también a su íntima amiga Nuria, que hará lo que sea necesario para conseguir la libertad de éste.

Con un preciso sentido del ritmo narrativo y unos personajes sutilmente caracterizados, Roberto Tejela nos ofrece una absorbente intriga que aborda un drama muy actual; el de los extranjeros secuestrados en Colombia, a veces recluidos durante años o vendidos como mercancía.



A buenas horas cartas de amor

Víctor Andresco

Belacqua, La Orilla Negra

Un cadáver aparece bajo la marquesina de una parada de autobús del extrarradio de Madrid. Emilio González, un comisario poco convencional, erudito y amante de las letras, será el encargado de resolver el caso. Tras el reconocimiento del fiambre se descubre que lo que en un primer momento parecía un hombre, se trata en realidad de una mujer travestida, cosida a puñaladas y recubierta de extrañas pegatinas que pertenecen a los bahá'ís, una comunidad religiosa apenas conocida. De forma súbita aparece un mendigo llamado Juan Antonio declarándose autor del crimen. Parece un caso cerrado, pero las extrañas cartas encontradas junto al cuerpo provocan el recelo de Emilio González. Sin duda, se trata de un caso demasiado perfecto para haber sido cometido por un mendigo anónimo. ¿Además cual es la identidad real del cadáver?

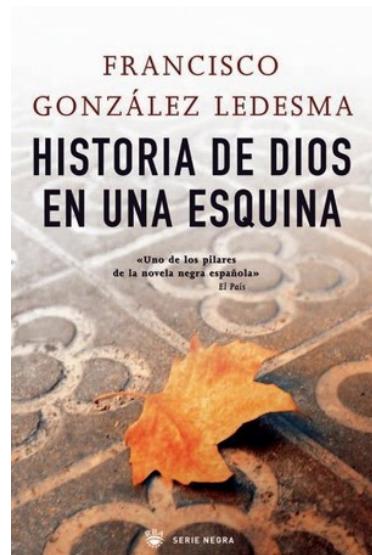
Historia de un Dios en una esquina

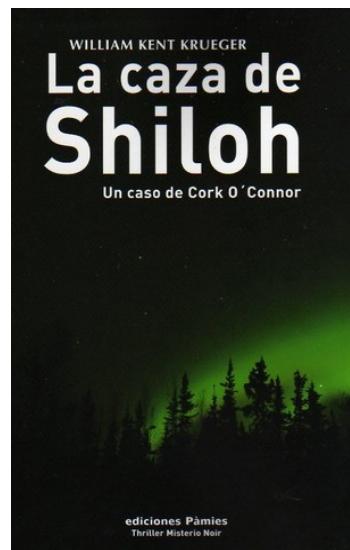
Francisco González Ledesma

RBA

¿Qué es lo que puede empujar al viejo Méndez a alejarse de las murallas de Barcelona y correr hacia las orillas del Nilo blandiendo una Colt más vieja que él? ¿Qué es lo que puede provocar un furor tal en este policía para quien el cinismo es una virtud cardinal, una regla de vida intangible?

Méndez hace demasiado tiempo que es inspector como para tomarse en serio los crímenes y bajezas ordinarias, y hace falta que la inocencia se burle por lo menos dos veces para que su sangre espesa se ponga a hervir y se proponga perseguir la verdad fuera de las horas de servicio, dispuesto a que se haga justicia aunque tenga que tomársela él. De los bajos fondos de Barcelona a las necrópolis del Cairo pasando por los bellos barrios de Madrid, Méndez va correrá sin aliento detrás de una evidencia que ya sospechaba desde hace tiempo: el mundo merece bien su mala reputación y la virtud no está nunca allí donde se la busca. Una historia de asesinos, de perversión, de niños y de inocencia de viejos que no aceptan lo que han tenido que ver y vivir. Un relato que lleva a Méndez desde las ruinas de una Barcelona en reconstrucción acelerada a las ruinas eternas de Egipto. Un policía duro que no grita y piensa. Un hombre de sensibilidad dentro de una máscara de ferocidad... Como siempre una novela apasionante del maestro del género.



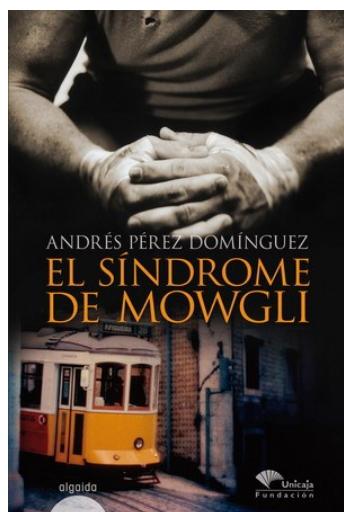


La Caza de Shiloh
William Kent Krueger
Ediciones Pàmies

El parque natural de Quetico-Superior: un millón de hectáreas de bosques primigenios, rápidos de aguas blancas e islas inexploradas en la frontera entre Canadá y Estados Unidos. En algún lugar en pleno corazón de este agreste territorio, en la zona conocida como Boundary Waters, Shiloh – una cantante de country western en la cumbre de la fama- desaparece.

Su padre llega a Aurora, Minnesota, empeñado en contratar a Cork O'Connor – antiguo sheriff de Aurora y viejo amigo de la familia- para que encuentre a su hija. A pesar de sus reticencias iniciales, Cork se ve obligado a formar parte de una expedición de búsqueda compuesta por el padre de Shiloh, un ex presidiario resentido, dos agentes del FBI y un niño de diez años. Pero no son los únicos que van en pos de Shiloh. Tras su pista también hay hombres a sueldo: contratados no sólo para encontrarla... sino también para matarla.

Mientras la expedición se adentra en aquel paraje salvaje, unos extraños llegan a Aurora amenazando con derramar sangre sobre las calles blanqueadas por la nieve; todo por un crimen que ha permanecido sin resolver durante quince años. Entretanto, en Boundary Waters el invierno empieza a hacer sus estragos. El equipo de Cork pierde todo contacto con la civilización, y la muerte, tenaz y repentina como las implacables tormentas de Minnesota, les acecha.



El Síndrome de Mowgli
Andrés Pérez Domínguez
Algaida

Rafael Montalbán tiene una forma poco ortodoxa de ganarse la vida: de jueves a sábado custodia la puerta de un club de alterne, y el resto de la semana ejerce de guardaespaldas ocasional y de cobrador de deudas por cuenta ajena.

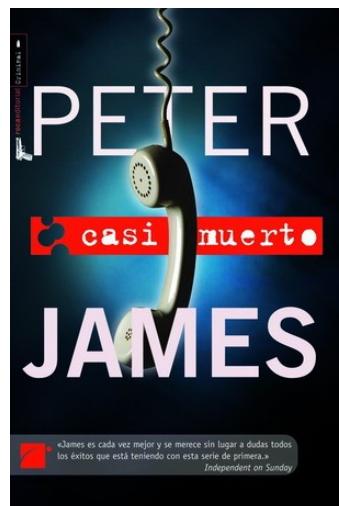
Pero su vida no fue siempre así: veinte años atrás era un boxeador prometedor que estuvo a punto de luchar por el título de Campeón de Europa superwelter, pero las cosas se torcieron: se enamoró de la mujer que menos le convenía y acabó traicionando a la última persona que se había portado bien con él.

Ahora ha decidido empezar de nuevo, y cuando un periodista le propone ir a un programa de radio para contar su vida a los oyentes encuentra la excusa para expiar sus culpas. Pero eso no será más que el principio. Para volver al punto donde su existencia tomó un desvío equivocado y ajustar cuentas con el pasado deberá emprender un viaje que lo llevará desde Madrid hasta la costa de Cádiz, y luego a Lisboa.

Casi Muerto
Peter James
Roca Editorial

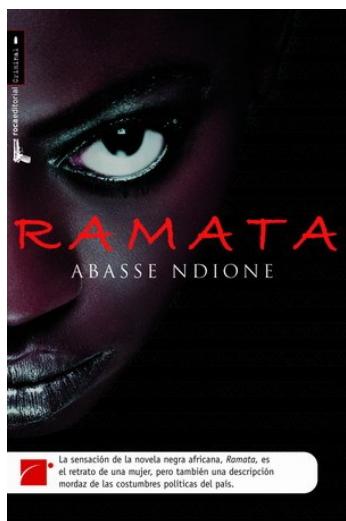
Una mujer (Katie Bishop) de clase acomodada ha sido asesinada en Brighton y su marido (Brian Bishop) no parece ser capaz de recordar mucho, como por ejemplo tener una amante (Sophie Harrington) a quien supuestamente visitó mientras su esposa fallecía y quien, por tanto, podría servirle de coartada.

Pero Brian no recuerda muchas cosas. Ni tener un romance extramarital ni haber matado a esa misma amante, convirtiéndola en la segunda víctima de un asesino en serie que parece tener demasiadas cosas en común con Brian Bishop. Tanto en común que toda la novela gira en torno a una única idea: 'El 71 por ciento de las víctimas de homicidio fueron asesinadas por alguien a quien conocían', porque aparentemente es una linda ciudad costera, pero cuenta con un inframundo criminal a la altura de Los Ángeles o Londres.



Ese asesino en serie se hace llamar a sí mismo 'El Millonario de Tiempo', dada la extraordinaria capacidad que tiene para invertir cuantas horas sean necesarias como para conocer en profundidad los hábitos de sus nuevas víctimas. Además, ese homicida tiene su propia firma: pone una máscara antigás de la II Guerra Mundial en el rostro de las mujeres a quienes mata. Eso sin olvidar otras formas de actuar que tal vez acaben por delatarlo: 'En los bolsillos con cremallera de la chaqueta, además de la cartera y el móvil, llevaba un rollo de cinta adhesiva plateada, un cuchillo, cloroformo y un frasco de Rohypnol, la droga fulminante llamada también de la violación. Y otras cosas –nunca se sabía cuándo iba a necesitarlas...'

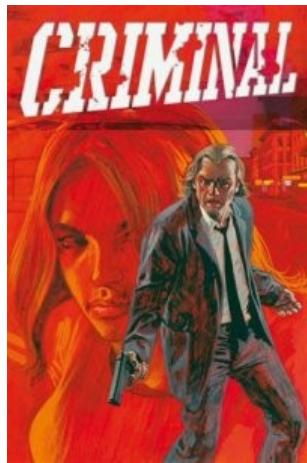
Un nuevo caso del Inspector Roy Grace.



Ramata
Abasse Ndione
Roca Editorial

Ramata es una mujer de una belleza perturbadora a quien nada falta: un marido poderoso que la adora, una hija y dinero para satisfacer todos sus caprichos. Acostumbrada a que sus deseos sean obedecidos sin discusiones, Ramata no duda en golpear al guardián del hospital Le Dantec cuando éste se niega a dejarle entrar fuera de las horas de visita. Caprichosa y temperamental, acude a su marido, Matar Samb, acusando falsamente al guardián de haberla agredido y humillado en público. Matar, que es el fiscal general del Estado, envía a la policía para dar una lección al hombre, pero a los agentes se les va la mano y Ngor Ndong muere en comisaría. El narrador de esta novela es un borrachín con el

don para contar y la disposición a hacerlo siempre que sea recompensado con una botella de vino y un paquete de cigarrillos.

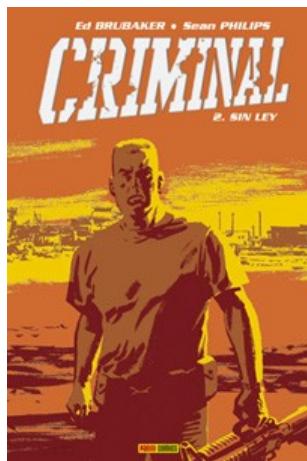


Criminal 1: Cobarde
Especial Panini

Guión: Ed Brubaker
Dibujo: Sean Philips

Contiene Criminal 1-5 USA

¡Nueva serie! El genial equipo creativo de *Sleeper*, compuesto por Ed Brubaker (Capitán América, *Daredevil*) y Sean Philips (*Marvel Zombies*), se reúne de nuevo para una obra que ya ha sido merecedora de multitud de premios. En *Cobarde*, el primer arco argumental que aquí ofrecemos, se presenta Leo, un hombre capaz de planificar y ejecutar cualquier golpe, siempre que no entrañe peligro. La entrada en escena de una mujer procedente de su pasado hará que todo cambie para siempre.



Criminal 2: Sin ley
Especial Panini

Guión: Ed Brubaker
Dibujo: Sean Philips

Contiene Criminal 6-10 USA

¡El segundo arco argumental de la nueva epopeya creada por Ed Brubaker y Sean Phillips, con una nueva historia autoconclusiva! Hace veinte años, Tracy Lawless abandonó su carrera criminal en las calles de la ciudad para abrazar una nueva vida. Tal decisión nunca hubiera tenido vuelta atrás, pero ahora, en los desiertos de Afganistán e Irak, tiene la posibilidad de encontrar a quién mató a su hermano Rick, y descubrir los motivos de aquella muerta. Pero, ¿quién era realmente Rick? La verdad cambiará para el destino de Tracy para siempre.

José Andrés Espelt Cebrián (Cruce de Cables). Naci un 3 de julio, junto al Paseo de Gracia de Barcelona. Colaborador de varios sellos editoriales en gnero negro, policial y criminal. Miembro numerado de Ficomic, BCNegra, Semana Negra de Gijón, La Bòbila, librería Negra y Criminal, etc. Autodidacta por naturaleza. Pertenezco a la Asociación Novelpol y a Brigada 21. Culpable del blog: CRUCE DE CABLES.

**Título: No es país para viejos**

País: USA

Productora: Miramax Films / Paramount Vantage / Scott Rudin Productions

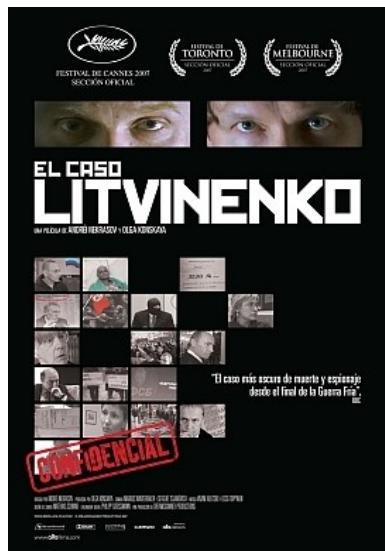
Director: Joel Coen, Ethan Coen

Guión: Ethan Coen, Joel Coen (Novela: Cormac McCarthy)

Reparto: Tommy Lee Jones, Javier Bardem, Josh Brolin, Kelly Macdonald, Woody Harrelson, Stephen Root, Garret Dillahunt, Tess Harper, Barry Corbin, Stephen Root, Rodger Boyce, Beth Grant

Sinopsis: La historia empieza cuando Llewelyn Moss (Josh Brolin) encuentra una camioneta rodeada por varios hombres muertos. En la parte trasera hay un cargamento de heroína y dos millones de dólares. Cuando Moss coge el dinero, provoca una reacción en cadena de violencia, que la ley, representada por el desilusionado sheriff Bell (Tommy Lee Jones), no consigue detener. Mientras Moss intenta huir de sus perseguidores, especialmente del misterioso cerebro de la

operación (Javier Bardem) que se juega las vidas de otros a cara o cruz, la película pone al descubierto la delincuencia en Estados Unidos y amplía su significado hasta incluir temas tan antiguos como la Biblia y tan contemporáneos y sangrientos como los titulares de esta mañana.

**Título: El caso Litvinenko**

País: Rusia

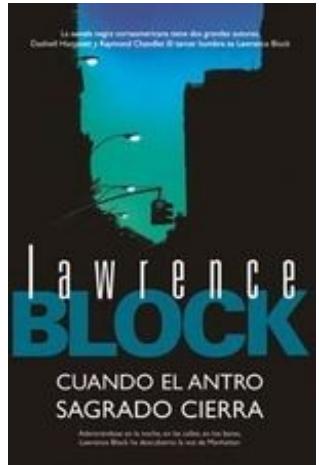
Productora: Dreamscanner

Director: Andrei Nekrasov

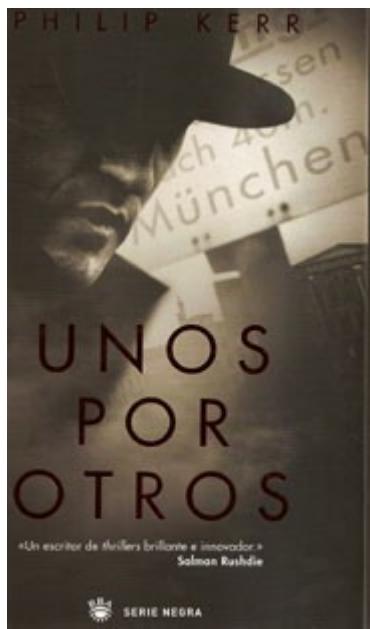
Guión: Olga Konskaya, Andrei Nekrasov

Documental / SINOPSIS: Durante los cinco años que transcurrieron desde que se exilió de Rusia hasta su muerte en noviembre de 2006 en Londres (fue envenenado con una sustancia radiactiva, polonio 210) el antiguo agente del FSB (siglas del Servicio Federal de Seguridad, sucesor del KGB) Alexánder Litvinenko mantuvo distintos encuentros y conversaciones con su amigo Andréi Nekrasov. Este cineasta se basó en dichos materiales para "El caso Litvinenko", que analiza la llegada al poder del Estado policial en Rusia y desvela sus sombras secretas a lo largo de la última década. .

“Me tomé un brandi con el café antes de volver al hotel. En la habitación tenía demasiado burbon como para que me llegara hasta el domingo, pero me detuve y compré unas cervezas porque casi se me habían acabado y las tiendas no pueden venderlas antes del mediodía los domingos. Nadie sabe por qué. A lo mejor las iglesias están detrás del asunto, a lo mejor quieren que los fieles aparezcan con sus resacas, a lo mejor es más fácil vender el arrepentimiento a los que están más afligidos.”



Lawrence Block, *Cuando el antro sagrado cierra*



“La labor de un detective se parece un poco a entrar a ver una película que ya ha comenzado. No sabes qué ha sucedido y, mientras intentas encontrar tu butaca en medio de la oscuridad, inevitablemente pisas algunos pies e interfieres de algún modo. En ocasiones la gente te insulta, pero la mayoría de las veces se limita a suspirar, chasquear la lengua y apartar las piernas y los abrigos en un intento por hacer como si no estuvieras allí. Plantearle una pregunta a la persona que está sentada junto a ti puede resultar bien en una descripción detallada del argumento y el reparto, bien en un golpe seco en

la boca con el programa enrollado. Tú pagas y corres tus riesgos."

Philip Kerr, *Unos por otros*

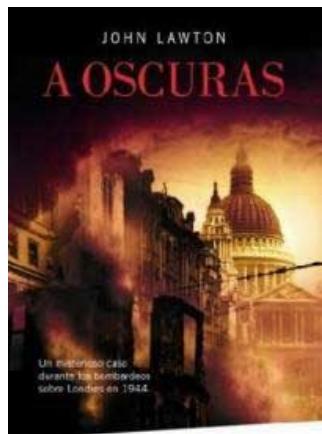


"Lo que es para el poeta el soneto: escuela de sobriedad, suprema disciplina de medidas, síntesis de arquitectura y resonancias. Eso debería ser la novela policiaca para el novelista."

"Ha desacreditado a la novela policiaca, alta y sutil criatura de la inteligencia, solamente comparable al juego del ajedrez por su carácter de gimnasia del talento, de ejercicio elastizador y rejuvenecedor del espíritu; y al soneto, por su calidad de escuela de precisión y disciplina de medidas, la inicua fronda de detective stories que los sindicatos periodísticos de los Estados Unidos lanzan en las páginas viles de los magazines sensacionalistas, fabricados en serie para ser leídos en las barberías y en los subways. En sí misma, en su propio predio, la novela policiaca es, como el ajedrez y el soneto, una sutil creación del refinado espíritu del hombre moderno, que vino a reemplazar, en esta edad del mundo, a la maravilla de la novela de caballerías, consuelo del hombre del medioevo, de la cual desciende directamente, como la novela realista contemporánea desciende de la novela picaresca, que alcanzó su cumbre en la España de los Felipes, con el

humanismo y noble don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas.”

Alejandro Carrión, Elogio de la novela policiaca



“Al principio pensé que era la justicia lo que te empujaba a ti. Pero no es así. Por lo que a ti respecta los tipos que tú detienes podían columpiarse de una cuerda o salir libres. A ti sólo te encanta una cosa: la persecución de la presa. Posees el sentido de los medios sin el sentido del fin. No eres capaz de ver más allá de la persecución.”

John Lawton, *A oscuras*

(La Modernidad, sustentada tanto en el proyecto ilustrado que acredita al modelo científico para el avance tecnológico, así como en el discurso de emancipación del ser humano latente en las repúblicas emergentes, encuentra, en el género de escritura policial, una fianza capaz de sustentar las nociones de Verdad, Ley y Justicia.)

Andrea Camilleri Trivial (Trivial Number Two)

ANDREA CAMILLERI (Porto Empedocle, Agrigento, Sicilia, 6 septiembre de 1925)



Este siciliano de nacimiento y romano de adopción fue durante muchos años director de teatro y guionista de televisión. Incluso produjo y coescribió una serie para la tele sobre el comisario Maigret. Su incursión en la literatura como narrador fue un estrepitoso fracaso en 1978, con la novela *El curso de las cosas*. Lo vuelve a intentar dos años después, con *Un hilo de humo* y lo vuelve a conseguir, el fracaso, claro. Se tomó entonces un breve descanso de doce años de meditación en el que se replanteó su futuro como escritor. El resultado, *La temporada de caza*, parece que empieza a tener éxito. Y éste no le abandona desde que crea su personaje clave, Salvo Montalbano, en *La forma del agua*, que data de 1994, demostrando a todos los jóvenes escritores cómo se triunfa a los setenta años de edad. Sin prisas.

Este comisario es un homenaje a nuestro Manuel Vázquez Montalbán, que se lo agradeció escribiendo el prólogo al volumen *Un mes con Montalbano*. Pero Salvo no es un calco de Carvalho. Tiene más de Maigret que otra cosa. Y una pandilla de colaboradores bastante más alocada que la del comisario francés.

Montalbano es un éxito total en Italia. Y la aceptación del personaje se extiende a otros países. Los triunfos literarios se suceden y Camilleri llega a supervisar (¿quién mejor que él, que conoce el medio?) una serie de televisión sobre Montalbano.

Este autor, con sus novelas, nos llena de alegría y buen humor en la redacción, por lo que si eres un/a adicto/a aquí tienes unas preguntas sobre su creación favorita:

1. ¿Cómo se llaman, y quiénes son, las tres mujeres más importantes en la vida de Montalbano?
2. ¿Cuántas historias, largas y cortas, de Salvo Montalbano tenemos traducidas al castellano y publicadas a fecha de 31 de agosto de 2008?
3. Los escritores nos cuentan que sus personajes se les rebelan y toman vida propia. Seguramente no se lo cree nadie. Pero Camilleri nos narró cómo Salvo cogió el teléfono

y le llamó porque no estaba de acuerdo con el devenir de la historia en la que se encontraba. ¿Sabes cómo se titula ese relato?

El lector que acierte todas las preguntas (ya sabes que si hay varios, igual se sortea) recibirá un ejemplar de *La muerte de Amalia Sacerdote*, novela con la que el siciliano ha ganado el II Premio de Novela Negra RBA. Y como el presupuesto de la revista es más bien exiguo (cero euros según el último balance de situación), en caso de que el acertante no resida en España la cosa se complica, pero trataremos de salir airoso de la situación.

Como la otra vez, si alguien nos sorprende con un dato extraordinario sobre el autor motivo del trivial, y que no sepamos, recibirá un regalo adicional. Ya sabes, tus respuestas (y/o datos extraordinarios), a la dirección electrónica: matarratosymatarratas@gmail.com

Solución al Donald Westlake Trivial (Trivial Number One)

Todos los de la redacción estamos muy contentos por la participación de los lectores. Fue una pena que de las tres preguntas, siempre se acertaran dos, dejando la otra sin contestar (y no siempre era la misma).

Pero ha habido una ganadora que encontró las tres respuestas correctas al Trivial Number One. Ella recibirá el premio de .38 en su domicilio.

¡Tachán!

La ganadora ha sido:

MARÍA ISABEL LOINAZ DEL CAMPO

¡Enhorabuena!

Y las respuestas correctas son las siguientes:

1: ¿Cuál fue el primer libro que se publicó de este autor en castellano?

R: Lo publicó Barral, *El muerto sin descanso*, en 1973. Aunque en México se publicaron antes otros libros con pseudónimo, no se atrevía a poner su nombre.

2: Dinos cinco pseudónimos que ha utilizado (no vale Richard Stark, que ya nos lo sabemos todos en la redacción)

R: Entre los distintos pseudónimos utilizados por Westlake están Allan Marshall, Tucker Coe, Sheldon Lord, Edwin West, Curt Clark, Timothy J. Culver, J. Morgan Cunningham, Samuel Holt, Edwina West, Allan Marsh y algún otro más.

3: Como nos han dejado sin traducir muchas de sus novelas, a una de ellas nos la han traducido con tres títulos distintos ¿por qué no nos lo dices, si te atreves?

R: Es *Two Much*, que se ha traducido con los títulos de *Dosmasié*, *Un gemelo singular* y *Two Much*. Incluso en Argentina se tituló *Dos más dos son tres*. Un amplio abanico de títulos, como veis.

Jokin Ibáñez es un aficionado a la novela negra desde que fue detenido, durante el pasado siglo, en Sopelana (Bizkaia) por el Agente de la Continental, al que no quiso decir su nombre. Por ello, desde entonces se encuentra arrestado en el género negro y no puede salir.

LA ÚLTIMA BALA: LA PRODIGIOSA ADAPTABILIDAD DE LAS CUCARACHAS, por Juan Ramón Biedma

Dicen los taurinos que “hasta el rabo, todo es toro”. Y algo de razón deben tener, porque si este segundo número de .38 empezaba bien, el final resulta inmejorable con el tiro de gracia que supone este artículo sobre la censura que firma Juan Ramón Biedma.

-¿*Cómo se llama esa persona que cree que todos la persiguen y acusan?*
-¿*Perspicaz?*

Tal vez no, tal vez no me pueda acoger a la benigna bifurcación semántica que me ofrece Woody Allen, y sea un paranoico sin redención posible, pero cada vez me acosa más la idea de que la censura no sólo sigue existiendo, sino que ha mutado en los últimos años, con el inquebrantable instinto para la supervivencia de los bichos más sutilmente inmundos, y que sigue respirando y actuando detrás o dentro de cada uno de nosotros, siempre alerta, dispuesta siempre a cumplir su función, la de siempre, de velar porque ninguna forma de arte o pensamiento atente contra los intereses de los sistemas económicos que la generan.

En sus nuevas encarnaciones, ya no tiene oficinas subterráneas ni oscuros funcionarios que apliquen sus preceptos, ya no los necesita, su entidad es mucho más etérea y operativa.

Hace pocos días leí que el Reino Unido permitía la comercialización del DVD del *Calígula* de Tinto Brass casi treinta años después de su rodaje; todos parecían felicitarse por los momentos de apertura que vivimos, todos menos yo, que no pude evitar preguntarme si películas como ésta, o como el *Saló* de Pasolini, o el *Querelle* de Fassbinder, o tantas otras, hubieran llegado a ser rodadas en la actualidad fuera del *ghetto* de la pornografía. La censura, en su representación actual, no necesita negar, prohibir o cortar las obras que le resultan inconvenientes; las películas -o las series televisivas, o la edición de un libro con una tirada y promoción dignas, o la exhibición de una colección de arte- exigen un proceso de capitalización tan complicado, mezclando en muchos casos la pasta pública con la privada de diversas fuentes, que basta abortarla desde el principio para que estas obras molestas nunca lleguen a ver la luz.

No queda ahí ni mucho menos la feroz capacidad de transformación de este nuevo e incorpóreo censor. Uno de sus mayores centros operativos podemos detectarlo en las mismísimas tripas de los medios de comunicación. Cualquier publicación se nutre, por no decir que sobrevive, de la publicidad de los eventos culturales que, en muchos casos, después se encarga de enjuiciar. Esta duplicidad de intereses supone, en la práctica, una absoluta inhabilitación para el análisis independiente. Una revista de cine que facture millones en publicidad a una productora difícilmente publicará una crítica que desluzca una película de esa firma. He tenido experiencias directas en este sentido: jefes de redacción que me llamaban avergonzados para decirme que no podían publicar mi reseña porque se jugaban el pan de sus queridas con las posibles represalias de los anunciantes.

Y todavía nos quedan las inoculaciones más malignas del virus, aquellas para las que no existe remedio posible: cuando el concepto de autocensura infecta al propio creador de la obra, cuando sus fantasmales consignas se mezclan con la genética del artista, construyendo sus ideas para someterlas a la regla de lo socialmente correcto o dirigiéndolas hacia fines estrictamente

comerciales, tal y como, en mayor o menor medida, nos ocurre a todos los que vivimos de este tinglado, llega el momento de reconocer que la censura ha alcanzado uno de los puntos culminantes de su escala evolutiva.

En fin.

La censura financiera.

La censura industrial.

Y la peor, la censura preconsciente, consciente e inconsciente del creador.

Estas son, por bosquejar una clasificación rápida, que no recoge el tradicional recelo de editores y demás empresarios análogos ante cualquier iniciativa artística de dudosa rentabilidad, algunas de las nuevas representaciones censuristas que en ocasiones, sólo en ocasiones, nos hacen preguntarnos si son mucho mejor que las formas de represión intelectual, más fácilmente reconocibles, imperantes hasta hace unas décadas.

Juan Ramón Biedma nace en Sevilla, estudia Derecho y se dedica durante años a la gestión de emergencias, actividad que ha compartido con la de locutor de radio, guionista, crítico musical y cinematográfico. El manuscrito de Dios, Mención Especial del Jurado en el II Premio de Novela fallado por la Semana Negra de Gijón del 2004 y finalista del Memorial Silverio Cañada, supone su debut en el campo de la novela, iniciando una trayectoria que se vería continuada con El espejo del monstruo, El imán y la brújula (novela ganadora del Premio Hammett 2008) y la más reciente, El efecto Transilvania.